

ADIÓS AL LENGUAJE

José Antonio Gaar

Cada vez que leo ese poema, noto que describe perfectamente esa ficción que Pitol llevó a cabo en sus diarios, que le dio forma a ese fantasma literario que siempre ha sido.

No es mi turno para contestar,
lo sabes mejor que yo
JEAN-LUC GODARD

Wisława Szymborska, en un poema sobre un día que no registró en su diario, jura que no fue un fantasma, que dio pasos que se oían y las huellas de sus dedos tuvieron que haber quedado en las puertas. “Me reflejé en el espejo. Llevaba puesto algo de algún color. Y seguro que hubo gente que me vio”. Ese poema, me parece, representa buena parte de la literatura polaca que a Sergio Pitol le sorprendía, una literatura cuyos autores debían estar en las orillas, debido a la persecución de la censura. Wisława escribió ese poema, un “Día 16 de mayo de 1973”, para asegurarse de que, en efecto, no recordaba si en ese día había encontrado algo que había perdido antes o perdido algo que encontró después. Cada vez que leo ese poema, noto que describe perfectamente esa ficción que Pitol llevó a cabo en sus diarios, que le dio forma a ese fantasma literario que siempre ha sido, al ser testigo del mejor momento de los otros y de sí mismo.

*

Hay una escena que me gusta mucho: Pitol está instalado en una habitación del hotel Bristol en Varsovia. Lleva poco tiempo en la ciudad que marcará un antes y un después en su literatura. Ha elegido la isleta cultural de la Polonia dictatorial. Ya varios han escrito sobre ello, pero hay una escena que se olvida: Sergio Pitol conoce a Jerzy Andrzejewski. Lo ha observado varias noches conversar con Andrzej Wajda, pero sobre todo ha leído sus novelas. Podríamos decir que está obsesionado con conocerlo y eventualmente lo hace. En los días sucesivos hablan. Pitol quiere traducirlo y Andrzejewski se muestra incrédulo, pero acepta. Respecto a esto, Pitol anota en *El arte de la fuga* una entrada que es una revelación: “Es extraño, pero no logro recordar ninguna opinión suya sobre Gombrowicz, de quien por fuerza tuvimos que haber hablado”. No había reparado en que Gombrowicz, a diferencia de Andrzejewski, se nos muestra como un rumor en la biografía de Pitol. A diferencia del prólogo a *Las puertas del paraíso*, que él tradujo de Andrzejewski, no hay un texto

introdutorio a *Transatlántico*, a *Ferdydurke*, a *Cosmos*, a los *Diarios* de Gombrowicz. No hay nada, por otro lado, de Pitol en los *Diarios* de Gombrowicz. Como tampoco hay mucho de Sergio en los textos de sus amigos. Ambos son notas a pie. Es natural que Witold, hasta hace poco, fuese un Gombrowicz pitólico. Vila-Matas dice haber escrito sus primeros libros buenos pensando en cómo los escribiría W. G., pues afirmaba no haberlo leído hasta ese momento; afirmaba, también, haber escrito sus primeros buenos libros bajo el influjo de S. P. La triada no es cualquier cosa: Gombrowicz buscó a Pitol después de haber leído la traducción de *Cenizas y diamantes* que hizo este de Andrzejewski: había encontrado a su traductor.

*

Los *Diarios* de Marina Tsvietáieva, los *Diarios* de Witold Gombrowicz, los *Diarios* de Sergio Pitol. En ese orden.

*

¿Cómo conocemos a un autor? ¿Primero a la persona o a lo que ha escrito? Cuando Piglia escribe sobre la etapa de anonimato de Gombrowicz en Argentina, lo hace desde la figura terminada que las traducciones de Sergio Pitol lograron. Lo mismo nosotros cada que hablamos sobre el escritor pitólico que se muestra en la *Trilogía de la Memoria*. Al modo de Kafka y sus precursores, cualquier gesto del pasado ya era parte del futuro. El escritor como un presente perpetuo. Los detalles adquieren dimensiones protagónicas. Y Piglia recupera un pasaje silencioso en el paso de Gombrowicz por Argentina: Jacobo Muchnik busca a Witold para una reedición del *Ferdydurke*. Pero para reeditar, Gombrowicz exige la publicación del *Diario argentino*. Todo o nada. Habría sido la primera edición de

ese compendio. El editor duda y W. G. saca un par de páginas traducidas para que las lea. No resuelven nada. Pero Piglia muestra el enigma: ¿qué páginas eran esas?, ¿quién las había traducido?, ¿G. las escribió directamente en castellano? Nadie leía a Gombrowicz.

*

Enero 27/1967. Sr. Witold Gombrowicz. 36 Place du Grand Jardin, Vence (A. M.), Francia. Estimado Gombrowicz: No he tenido respuesta ni de usted ni de la Editorial Sudamericana. Esta última ni siquiera me ha hecho saber si recibió la traducción. Estoy a cargo del Departamento Editorial de

el precio de cubierta por ejemplar en liquidaciones, pagadas cada seis meses. Espero que el proyecto le interese, pues una vez que estén publicadas las obras, serían conocidas por una serie de directores y hombres de teatro en Latinoamérica y España que ahora no tienen acceso a ello. Me agradecería que me enviase un ejemplar de la edición francesa de su teatro para presentarla al consejo editorial. El trabajo en la editorial me está resultando muy agradable, me deja las tardes libres para dedicarme a mis labores de traducción y de otro género. Espero tener noticias de usted pronto. Reciba un abrazo de Sergio Pitol.

Me contó sobre la vez que Sergio Pitol llegó al departamento de Español de la universidad, y describió paso a paso cada movimiento de su timidez. Hablamos de las obras, de las traducciones; también de los encuentros de café entre ambos y cómo terminaron por ser amigos.

la Universidad Veracruzana. Esta Casa Editorial tiene más de diez años de existencia y un acervo publicado de más de cien libros. Por su carácter universitario, tratamos de que combine la línea de tipo académico con las producciones más sugestivas de la literatura contemporánea. Nos interesa mucho saber si podemos contar con los derechos de edición de su teatro. Trabajaríamos el resto del año en la traducción de las obras y preparación de la edición. Si nos concede usted los derechos, contaríamos con dos libros de autores polacos en nuestro próximo catálogo: *Las tiendas de canela*, de Bruno Schulz, y el teatro de usted. Las condiciones que ofrece nuestra editorial son las siguientes: un anticipo de 150.00 a la firma del contrato y una regalía de 7.1/2% sobre

*

Néstor Sánchez, el vagabundo del *boom*, tuvo una vida dramática, silenciosa y literaria. Sánchez, quien fuera elogiado por Cortázar, escribió, muchos años antes que Pitol, *El arte de la fuga*. Bolaño y Vila-Matas admiraban su prosa. Hay un artículo muy bueno de Xavi Ayén al respecto, publicado en *La Vanguardia*. Su epíteto resulta de mal gusto porque no es metafórico, como suele ser, sino que es literal: sufrió un colapso mental y terminó vagando por las calles de Manhattan. Pero Ayén así lo ha bautizado. Lo importante es que a Sánchez también le gustaban los diarios. Y justo hace poco Ediciones Sin Fin publicó su *Diario de Manhattan*, las anotaciones que realizó mientras callejeaba por Nueva York, a decir de Ayén. Un

pasaje me llama la atención: “muy cerca de mí, desfilaban Margo Glantz y Sergio Pitol; un poco más allá, en su silla de ruedas, avanzaba Frida Kahlo, un poco antes de su muerte. Fue la primera vez que los vi; no sé si les hablé, pero desde entonces quedaron fijados para siempre en mi memoria”. Leí que el motivo de esa congregación fue manifestarse a favor de los esposos Rosenberg, acusados de haber expuesto los secretos de la bomba atómica a los soviéticos.

*

Budapest. 2017. A la mitad del viaje. László Scholz y yo somos amigos. Recuerdo sobre todo cuando me invitó a su casa y me perdí. Y perderse en los tranvías de Budapest es perderse en una playa o en un desierto, cualquier cosa con un horizonte atemporal. Cuando llegué, me saludó emocionado pero molesto, y no era para menos. Dije las mentiras habituales, luego ya estaba olvidado. Me contó sobre la vez que Sergio Pitol llegó al departamento de Español de la universidad, y describió paso a paso cada movimiento de su timidez. Hablamos de las obras, de las traducciones; también de los encuentros de café entre ambos y cómo terminaron por ser amigos. László comenzaba a dedicarse a esa profesión y Pitol también. Estaba traduciendo a Borges (lo cual habría de valerle una condecoración por parte del gobierno argentino y María Kodama; en este caso, no hay distinción) con ayuda de Pitol, y Pitol estaba traduciendo a Tibor Déry con ayuda de Scholz. “Pese a todo”, dijo László, “Pitol no se resistió a mencionar que era un escritor y traducía todo lo que podía”. Le hablé de *El ajuste de cuentas* de Déry, en ese entonces traducido por su amigo, y Scholz, sorprendido, se preguntó por qué el maestro Sergio se había decidido por ese y no por Niki: *historia*

de un perro o *Monsieur G. A. en X.*, libros que adoraba y cuya lectura compartieron ambos traductores. Me explicó las razones por las que el maestro Sergio prefería a Tibor Déry por encima de cualquier otro húngaro y en ese instante, ahora me parece, recibí una clase magistral sobre la traducción.

*

Semana de autor: Sergio Pitól. Casa de América, Madrid, 16 de noviembre de 2004. “Sergio me contó mucho tiempo después que su primer recuerdo conjunto, nuestra primera conversación literaria, fue a propósito de los *Diarios* de Gombrowicz, que yo quería publicar, pero en el camino de la minúscula Anagrama se cruzó la poderosa Alianza Editorial de la época. Un autor, Gombrowicz, de quien pude publicar varios textos en los ‘Cuadernos Anagrama’ y más adelante rescatar su *Testamento*, en forma de conversaciones con Dominique de Roux, y más adelante incluso su novela *Transatlántico*, traducida precisamente por Pitól. Seguro que tuvimos esta olvidada conversación tal como la recuerda Sergio”. Jorge Herralde.

*

14 de mayo de 2016. Pitól me pide que le tome algunas fotografías para un nuevo libro, al parecer icónico, que aparecerá en unos meses. Ni él ni yo sabemos que es el último. Así que ahí estoy, en su casa, esperando a que me diga qué es lo que quiere que capture. Ya no habla mucho. La afasia, que por ahora tratamos de silenciar (bellísimo, ¿no?), pero que años más tarde será la que termine convirtiéndolo en leyenda, la afasia ya no le permite decirme muchas cosas. De hecho, ya no le permite decir nada, pero todo el mundo entiende sus gestos y él, claro, sabe lo que quiere. La primera fotografía revela un libro: la traducción de *El*



Mujer con sandía

arte de la fuga al inglés. Lo publicó Deep Vellum Publishing y tiene una introducción de Enrique Vila-Matas. Yo le digo que ese libro es excelente y él sonríe. Después me muestra otro y se va. Esto se parece a sus primeros días en China, cuando Pitól aún no hablaba el idioma, pero decidió tener una conversación con Mo Yan, quien sería, en unos años, el Nobel del país. La conversación es hermosa: cada uno deja un libro en la mesa para el otro; al día siguiente ocurre lo mismo, y así durante un tiempo; sus tarjetas de presentación son los libros que van leyendo. No se sabe si Mo Yan tomó esta actitud

para hacerle honor a su seudónimo, Guan Moye (“no hables”, en chino) pero lo cierto es que eso, paulatinamente, los convirtió en amigos: las lecturas eran cada vez más especiales. Una amistad que surge del silencio. Adiós al lenguaje. **LPyH**

José Antonio Gaar (1991) es maestro en Literatura Mexicana por la UV. Actualmente es docente de Historia del Arte en la misma institución y co-conductor en el programa radiofónico de literatura Central de Abastos en Radiotelevisión de Veracruz.